mente otros bolivianos, lo indicarían, ya que cuando cualquier escritor yerra en sus obras, siempre hay quien se lo señale sin más ni más. Así es que podemos aceptar como auténticas las descripciones pintadas en estas páginas.

Diómedes de Pereyra sigue las huellas de Fenimore Cooper, el norteamericano, bien que con mayor éxito literario que éste; de W. H. Hudson, el inglés, con su *Mansiones verdes*; y de José Eustasio Rivera, el colombiano, con su *Vorágine*. Mas Pereyra no alcanza el éxito logrado por estos dos últimos. Lo que hace Rivera con la selva colombiana, espera Pereyra hacerlo con la boliviana. Ambas novelas tienen sus rasgos de lo romántico, especialmente la presente, y ambas muestran fuerza descriptiva, pero no hay igualdad entre ellas. *La Vorágine* ha de vivir como una de las novelas clásicas de la literatura iberoamericana, por su valor literario; *La trama de oro*, a pesar de sus reales méritos, no lo es ni lo ha de ser. Verdad es que no resulta justo compararlas, porque *La trama*, al parecer, es un *tour de force* escrito (si tenemos razón en nuestra conjetura de más arriba) para una revista sin pretensiones literarias, y, lo que es más, escrito no en castellano sino en inglés, lengua, no hay que decirlo, extranjera a la literatura hispanoamericana. Convengamos, pues, en que esta es una novela interesante por su intriga y fascinadora por su belleza de estilo, así como por su poder descriptivo y narrativo, y que pertenece a las mejores de la literatura meramente amena. Bien posible es que la traducción venga a ser considerada como trozo menor de la literatura boliviana, y cierto es que la novela es del creciente género "selviano", en grado mediano nada más.

LINTON LOMAS BARRETT,
Universidad de North Carolina.

Estampas mulatas, JOSÉ DíEZ-CANSECO. Con prólogo (reimpreso de la primera edición peruana) de Federico More.—Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1938. 183 pp.

Peruanísimos son los seis cuentos de este libro, precisamente por serlo los zambos que llenan sus páginas. Son cuentos desiguales en su longitud como en su mérito literario y artístico, pero llenos de vida, brillantes a veces, y aun cuando falta el genio del autor, hay en ellos un vivo colorido del ambiente caluroso de los zambos.

Las dos primeras novelas cortas, a saber, "El Gaviota" y "El kilómetro 83", las ha discutido el señor More en su prólogo. Empero, otra palabra no será de más aquí, porque se debe añadir algo a lo dicho, en el mencionado lugar: "...en 'El Gaviota' no hay falla". Con la mayor parte del juicio de este crítico se puede estar de acuerdo, pero lo transcrito parece pasar de lo razonable: ¿ha habido cuento ni novela corta, entre las literaturas del mundo, absolutamente exento de fallas? "El Gaviota" no es la excepción, si la hay. Ejemplo dado: compárese el aviso de Brown al grumeté, respecto a la dureza de la vida de a bordo, con el hecho de que, al pasar el tiempo, don Charles, capitán del buque, "quien tanto gustaba de guardar distancias, ya aceptaba la compañía del grumete (Gaviota) en las horas tediosas de la noche". Tal situación parece inverosímil, dadas las costumbres férreas marítimas de entonces, aun cuando se trata de un buque de carga tan sin importancia como el "Albatros". Al parecer, dándose cuenta de esto, el autor hace lo posible para evitar lo inverosímil mediante la explicación de que don Charles "puso toda su inconsciente capacidad paterna en el criollo chalaco", pero tal explicación no convence al lector. Por supuesto, hay malos comentarios entre la tripulación, que dejan lugar a la tragedia, para Gaviota, de tener que separarse de su héroe. Y luego, pasados algunos años, el trágico final...

También hay cuestiones de técnica náutica, como en el episodio de tapar las escotillas sólo en el momento antes de brotar una tormenta que "sí que es jarana".

Pero aparte de estas fallas, la novela estimula y sostiene el interés del lector hasta la última palabra. Vida brutal, vida zamba es la que se refleja a través de estas páginas, y la brutalidad, a la vez que repele, fascina cuando está pintada tan magistralmente.

De "El kilómetro 83" no vale la pena de hablar más que citando unos renglones de la crítica del señor More en su prólogo:

Por coquetería retórica, Díez-Canseco se lleva a sus zambos a la montaña e intenta hacerlos vivir en la sierra. Pero en tal aventura, el novelista y sus zambos fracasan. La sierra es una hora de fastidio y la montaña una vida de tormento. Y es que el zambo de la costa del Perú jamás comprenderá bien a sus hermanos de tierra adentro. Esas páginas de "El kilómetro 83" son un episodio. La novela mantiene su hermosura típica hasta el momento en que los muchachos salen de Lima, víctimas de una intriga zamba, y, natural y zambamente, con mujer de por medio.

Esta historia, la más larga del libro, es también la peor, juzgada desde el punto de vista artístico, no obstante el poder descriptivo mostrado por el

autor en algunas escenas de la vida repulsiva allá por el kilómetro ochenta y tres.

El tercer cuento, "Jijuna", mucho más corto, más compacto, más coherente que las dos precedentes novelitas, es por ello mucho mejor. Hay un *guapo*, un bandido de la región, protagonista del cuento, quien demuestra señaladamente su guapeza con su método de castigar al padre jactancioso de su querida. Este ha hablado demasiado de lo que va a hacer con el bandido al encontrarse con él, y después de dormir su borrachera se da cuenta de que ha sido la chicha la causa de sus baladronadas. El punto culminante del cuento es cosa por el estilo de O'Henry, el maestro norteamericano de esta forma de literatura.

De todos los cuentos, en esta colección se destaca el cuarto, "Don Salustiano Merino, notario", viejo libertino que se venga de un joven rival en amores, que le ha insultado y avergonzado públicamente, si bien después de haberle provocado el notario. Casi, casi se aproxima este cuento al rango de los mejores de la literatura procedente de Iberoamérica. ¡Lástima que el autor no haya resistido la tentación de añadir una escena inútil, aunque realista, que ocupa página y media y que afloja malamente el interés! Sin la descripción de la Fiesta de la Ascensión, resulta por lo menos uno de los cuentos verdaderamente buenos. Un punto más: parece mentira que Eguren, joven inteligente, caiga en la trampa tan transparentemente hecha para cogerle. Aun ensimismado, soñando en su querida, un hombre de no más que mediana inteligencia anda con sigilo de noche, y especialmente sabiendo que tiene enemigos.

"El velorio" vuelve a tratar el tema de un insulto y la venganza correspondiente. Aquí vuelve a fallar el prosista, que no cuentista en este caso, porque al final de la historia vuelve a pasar la raya... Si hubiese acabado de cumplir Leopoldo con su promesa de llevar consigo a Isolina al velorio, bien habría resultado el arte con que escribe el autor hasta tal punto; pero no, tiene que andar más allá de lo preciso añadiendo una escena de lo más grotesca. No hace falta la última página del cuento, si no es para apoyar la insistencia del escritor en la brutalidad del zambo, calidad que de veras podemos aceptar sin tanta repetición.

"Gaína que come el güebo manque le quemen el pico" es el refrán que ofrece el título del postrer cuento, "Gaína". Y el gallina a quien le queman el pico es Luis Pando, bandido como otros descritos por Díez-Canseco, guapo y bravo como todos ellos. Mientras secuestra a una mujer (aunque con su voluntario consentimiento) se rinde a la voz, oída a oscuras y de noche, de una mujer extraviada en el monte, que es la esposa del hombre a

quien don Lucho piensa robar el ganado, y por enamorarse tanto de la voz de seda ocurre el milagro de que cambia el bandido completamente de carácter, hasta dejar su vida fuera de la ley. Lo mejor que se puede decir es que este cambio es algo inverosímil.

En el mencionado prólogo dice Federico More que "José Díez-Canseco no es ni quiere ser literato". Sea así, pero al que produce cualquier forma de lo que se suele llamar literatura, hay que juzgarle como si fuera literato, como si fuera literatura lo que sale de su pluma. Así es que Díez-Canseco no puede (ni debe) escaparse de los juicios críticos que, en algún grado, puedan mejorar sus indudables capacidades. El "género chico" de la prosa es, quizás, la forma literaria más difícil de conquistar, muchísimo más difícil, precisamente por su corto tamaño, que la novela propiamente dicha. Y no obstante su repugnancia hacia el mote de "literato", a Díez-Canseco le falta poco para llegar a veces a tal rango, especialmente en "Don Salustiano Merino, notario", cuento que exhibe el talento del autor al lado de su más grande falta, la de poner añadiduras innecesarias que vician el efecto a que aspira.

Pero aun con tales defectos, que se hallan en otros cuentos suyos también, el escritor muestra poseer aptitud para el cuento, más bien que para la novela corta, a lo menos cuando escribe sobre el zambo de la costa peruana. Más que en los cuentos, su poder se encuentra a sus anchas en los retratos breves de la vida zamba, y estos episodios en sí son mucho más impresionantes que el cuento todo que forman. José Díez-Canseco es, en verdad, un costumbrista que está tratando de hacerse cuentista. Pero es de esperar que se perfeccione en la composición del cuento, mediante los mismos tipos sociales, si no los mismos argumentos que ahora, y que produzca más y más cuentos, porque hasta cuando el tiro se pierda en el aire, como sucede tantas veces en estas historias, se destaca el vigor expresivo del lenguaje y del realismo intensamente vívidos.

LINTON LOMAS BARRET,
Universidad de North Carolina.

Bio-perspectivas, RENATO KEHL.—Livreria Francisco Alves, Río de Janeiro, 1938. 183 pp.

El doctor Renato Kehl, titular de la Academia Nacional de Medicina de Río de Janeiro y presidente de la Comisión Central Brasileña de Eugene-